

DIOS EN LA POESÍA DE LEOPOLDO PANERO

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

El 27 de agosto de 1962 moría en Astorga el poeta Leopoldo Panero Torbado, a los 53 años de edad. Se cumplía así el último de sus deseos:

«Nací en Astorga el novecientos nueve;
y allí quiero dormir, en mi remanso
familiar, a dos metros de la nieve»¹.

Han transcurrido ya 25 años desde que «espera la resurrección de la carne»², como escribió él mismo en tono de epitafio.

A pesar de la edición de sus *Obras Completas*³, de algunos excelentes estudios sobre su poesía⁴, no está Panero sentado en el sitial poético que se merece; pocos recuerdan que escribió, a juicio de sus comentaristas, algunos de los más hermosos poemas de este siglo. Tal vez haya podido influir en ello la postura militante del *Canto Personal* o quizá sus arraigos, especialmente el religioso, que no parece interesar a los encargados de atizar los rescoldos del mundo literario. También la película *El Desencanto* ha contribuido a presentar un Panero contestado; con todo, la imagen de Panero es más la de un poeta silenciado.

1 Leopoldo Panero, *Obras Completas*. Volumen I. *Poesía* (Madrid 1973) p. 293.

2 *Ibid.*, p. 590.

3 Leopoldo Panero, *Obras Completas*. Volumen I. *Poesía*, 1928-1962. Prólogo, preparación y notas de Juan Luis Panero (Editora Nacional, Madrid 1973); Leopoldo Panero, *Obras Completas*. Volumen II. *Prosa* (Editora Nacional, Madrid 1973).

4 Dámaso Alonso, 'Poesía arraigada de Leopoldo Panero', en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 9 (Madrid 1949). Este estudio fue recogido en *Poetas españoles contemporáneos* (Madrid 1958); Luis Felipe Vivanco, 'Leopoldo Panero en su rezo personal cotidiano', en *Introducción a la poesía española contemporánea* (Madrid 1957); Luis Rosales, 'Leopoldo Panero hacia un nuevo humanismo', en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nn. 187-188 (Madrid 1965), pp. 35-79; Eileen Connolly, *Leopoldo Panero: la poesía de la esperanza* (Gredos, Madrid 1969); Alberto Parra, *Investigaciones sobre la obra poética de Leopoldo Panero* (Herbert Lang Bern y Peter Lang Frankfurt, 1971); César Aller, *La poesía personal de Leopoldo Panero* (Pamplona 1976).

EL RASTRO DE DIOS.

Fue Dámaso Alonso, con su estudio «La poesía arraigada de Leopoldo Panero»⁵, el primer crítico que ofreció un análisis de la veta religiosa de Panero. Dios —dice el autor de *Hijos de la ira*— «es la razón última de su poesía», no sin antes afirmar que toda poesía (directísima o indirectísima) busca a Dios»⁶.

La búsqueda de Dios es el ingrediente de todo el discurso poético de Panero, una búsqueda con altibajos, cecuciente, que como un oleaje avanza y remite, pero que en sí misma señala unas coordenadas personales para el acercamiento, el encuentro, la experiencia de Dios.

Muchos son los caminos de tanteo —la naturaleza, el corazón, el amor—, pero el caminante ha de superar la soledad, el dolor, la muerte. Para trascender la propia flaqueza del camino, la tristeza de ser hombre, la vinculación a nuestra muerte, Panero propone vivir hacia Dios. Resulta reveladora a este respecto una reflexión suya, hasta ahora inédita, que nos explica el meollo de su poesía y su interpretación de la naturaleza y del mundo. He aquí sus palabras:

«Para sentir el corazón en libertad necesitamos siempre la ayuda de Dios. Mientras vivimos alejados del espíritu, nos sentimos encadenados tercamente a la soledad y a la tristeza de ser hombres; es decir, nos sentimos ligados a nuestra propia muerte. Dios nos libera de nuestra soledad. El espíritu nos ensancha dulcemente el corazón. El alma es sólo la confluencia de la naturaleza con el espíritu. Sólo cuando vivimos hacia Dios se hace alma nuestra naturaleza. El dolor es la señal de que vivimos apegados a la naturaleza, a la tristeza inmanente de lo natural, a lo corpóreo de nuestro ser. Sólo conocemos lo invisible»⁷.

Esta propuesta vivencial señala cómo seguir el rastro de Dios, cómo éste se asoma antropomórficamente a la naturaleza y la hermosea con su latente presencia:

5 Dámaso Alonso, 'La poesía arraigada de Leopoldo Panero', en *Poetas españoles contemporáneos* (Madrid 1958) pp. 333-359.

6 Ibid., p. 333. Han estudiado también la poesía religiosa de Panero: José María Souvirón, 'Acercas de Dios en la poesía de Leopoldo Panero', en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 187-188 (Madrid julio-agosto 1965) pp. 169-177; Carlos García Hirschfeld, 'Valor religioso en la obra de Leopoldo Panero', en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 115 (Madrid julio 1959); Juan Sardo, *El Dios de Leopoldo Panero* (Institución "Fray Bernardino de Sahagún", León 1978). Hay reflexiones sobre este tema en los libros de Aller, Connolly y Parra.

7 *Apuntes inéditos* de Leopoldo Panero. El presente texto en prosa, así como los fragmentos de poemas inéditos (cf. notas 17, 37, 40, 42, 44, 45, 46, 49, 56, 68, 70, 71, 72 y 73) son transcripciones de mi hermano Esteban Carro Celada, que dedicó los últimos años de su vida a estudiar exhaustivamente la obra del poeta astorgano.

Donde la nieve es más virgen,
 donde sólo Dios la toca⁸.
 Sobre las rocas cárdenas, fluyente
 en nitidez y música de esfera,
 parece resonar, tras la ladera,
 la limpia anchura donde Dios se siente⁹.

A veces también la naturaleza está plantada dentro del corazón del hombre como un esqueje divino:

Dios nos puso
 dentro del corazón la tierra entera,
 el agua, el sol más puro,
 la clara orilla del amor primero,
 la sal de su presencia, de algo Suyo.
 Contra su dulce pecho nos sentimos
 inmensos, juntos, juntos...¹⁰.

La naturaleza no es para Leopoldo geografía a secas, sino lugar de Dios, paisaje interior, revelación y huella divina. Hay una presencia misteriosa y permanente de Dios en las cosas, y no porque Dios se cosifique sino porque las ha creado, vive en ellas, las conserva y nutre, las anima. He aquí unos cuantos ejemplos antológicos:

Y al principio del tiempo, Tú me ofreciste el trigo,
 con la primera alondra que nació de Tu mano¹¹.

Tú hiciste

de la nada el silencio y el camino del beso,
 y la espuma en el agua para la tierra triste,
 y en el aire la nieve donde duerme Tu peso¹².

Tú que al tocar las estrellas las haces palidecer de hermosa;
 Tú que mueves el mundo tan suavemente que parece que se me
 / va a derramar el corazón¹³.

Es dulce, dulce,

mirar entre las cosas que Dios palpa¹⁴.
 Las cosas cotidianas se iluminan,
 se parecen a Ti¹⁵.

8 Leopoldo Panero, *Obras Completas*. Volumen I. *Poesía* (Madrid 1973) p. 123. En adelante las citas se hacen por esta edición (o. c.).

9 O. c. p. 105.

10 O. c. p. 104.

11 O. c. p. 145.

12 O. c. p. 145.

13 O. c. p. 156.

14 O. c. p. 62.

15 O. c. p. 61.

comprobamos
 la voluntad de Dios en las estrellas ¹⁶.
 Tú, Señor, que en lago de Sanabria,
 latirás ahora mismo, eternamente ¹⁷.
 Todo lo puedo ver, amar, mirarte
 en las cosas a Ti ¹⁸.
 puedo escuchar Tu voz, sentirte en eco
 de humana soledad; sentirte en todo;
 saberte aquí y allí, lleno de luna,
 de brisa, de ternura, de tristeza,
 rozando suavemente con Tu mano
 la bruma de los valles, las montañas,
 el tamaño del mundo ¹⁹.

El tacto (su mano, su yema) y la mirada (sus ojos) de Dios operan en el lenguaje poético de Panero como símbolos de una permanente creación:

...pienso en las cosas
 que no se acaban jamás
 porque Dios las ha mirado
 y no las puede olvidar ²⁰.
 Lo que toca la mano, Dios lo siente.
 Lo que el alma contempla, Dios lo sabe.
 Lo que Dios ha mirado sólo existe ²¹.

Dios ha mirado las cosas y continúa mirándolas. Las sustenta y obseva:

Dios espía
 su continuo prodigio, como el viento
 entra por las junturas invisibles
 de la casa, del tiempo y de la sombra ²²,

las purifica y acoge. Y no sólo a ellas, también al hombre:

Aún floto levemente en Tu mirada
 sobre el haz de los siglos. Tu mirada
 me limpia en Tu hermosura cada noche
 el corazón, Señor. Tu luz más honda,
 Tu mirada más honda soy yo mismo
 desde el amor naciendo, respirando

16 O. c. pp. 59-60.

17 "Señor, hemos venido. Era una tarde". *Inédito*.

18 O. c. p. 74.

19 O. c. p. 75.

20 O. c. p. 228.

21 O. c. p. 224. Este soneto "El arrojado del paraíso" se tituló "Oración" en su primera publicación, en *Escorial* (Madrid 1942) p. 78.

22 O. c. pp. 62-63.

Tu costumbre en mi pecho: la dulzura
de Tu velar continuo.

Tu mirada

me cerca de quietud como una isla
en el centro de un lago: cada noche
me duermo en Tu mirada ²³.
Te levantas; te pones en Sus manos;
te acuerdas en Sus ojos; te perdonas
en Su mirada para siempre ²⁴.

Dios mece, siente, toca, palpa, acecha, espía, mira, respira, vela, habla, escucha, canta. En una palabra, está vivo, «palpita, se le siente en presencia purísima».

Para inventar a Dios, para descubrirle resulta escasa la contemplación del paisaje, es necesario hurgar en el propio corazón:

«Para inventar a Dios, nuestra palabra
busca, dentro del pecho,
su propia semejanza y no la encuentra.

Esta dificultad para conocer

la palabra exacta y Tuya» ²⁵.

no hace desistir al poeta en la búsqueda, porque sabe que Dios nos tiene a la vista.

Si Dios nos conoce, nosotros, por el contrario, nos descubrimos ignorantes y ciegos, rodeados de oscuridades para conocerle. Todo el campo semántico referido a Dios se rodea de claridades, el del hombre de múltiples penumbras; y eso hasta tal punto que llega a contaminar, como percepción, el de Dios mismo. La imagen de la ceguera, de la oscuridad, es la imagen expresiva de la fe. Observemos esta contraposición. Por una parte,

«Dios sabe nuestro último
pensamiento. Dios sabe nuestro nombre» ²⁶.

Y por otra, la situación tanteante del hombre:

«Y nos dejaste confiadamente en lo oscuro,
y nos hiciste creer en Tus enigmas, alentar en lo íntimo de Tus profecías
y nos contemplaste para siempre en lo más oculto de Tu espíritu,
y nos hiciste parecidos a la sombra» ²⁷.

23 O. c. pp. 64-65.

24 O. c. p. 202.

25 O. c. p. 143.

26 O. c. p. 103.

27 O. c. p. 225.

Estamos, pues, ante una imagen del oscuro camino de la fe bella y claramente formulado:

«Todo mi corazón...
 en la noche Te busca,
 le siento que Te busca, como un ciego
 que extiende al caminar las manos llenas
 de anchura y de alegría²⁸.

Significativamente este poema se titula «Las manos ciegas» y es uno de los pocos en que Panero nombra explícitamente a Cristo. Parecida imagen, con preocupaciones de temporalidad, se repite en estos otros versos:

Soy el huésped del tiempo; soy, Señor, caminante
 que se borra en el bosque y en la sombra tropieza,
 tapado por la nieve lenta de cada instante,
 mientras busco el camino que no acaba ni empieza²⁹.

Mas para Leopoldo Panero, la fe, a pesar de la noche, la ceguera y la sombra, es una certidumbre:

No es más ciego
 el corazón de un niño, que mi espíritu
 sumido en lo increíble, y anhelante
 de luz de eternidad, en esta umbría
 que alucina al temblar.....
 mientras mi fe se inclina y se retira
 con los ojos cerrados, que reciben
 tu oscura certidumbre en toda el alma³⁰.

EL NOMBRE DE DIOS.

¿Cómo se llama? He aquí un interrogante clave en la poesía de Panero. Ese «Dios», ese «Señor», ese «Padre», ese «Tú», tan pródigamente invocado, ha de tener un nombre. Saberlo es de alguna manera —en términos bíblicos— conocer su esencia. Por eso la pregunta a Dios por su identidad, por su nombre:

Ahora que la noche es tan pura y que no hay nadie más que Tú
 dime quién eres.

.....

dime quién eres y por qué me visitas,
 por qué bajas hasta mí, que estoy tan necesitado,

28 O. c. p. 165.

29 O. c. p. 146.

30 O. c. p. 215.

y por qué Te separas sin decirme Tu nombre,
 Ahora que la noche es tan pura y que no hay nadie más que Tú,
 ahora que la noche es tan pura y que no hay nadie más que Tú,

Ahora que sin oírlo me levanta y tiembla mi ser en libertad,
 y que la angustia me oscurece los párpados,
 y que brota mi vida, y que Te llamo como nunca,
 sostenme entre tus manos,
 sostenme en la tiniebla de Tu nombre,
 sostenme en mi tristeza y en mi alma, Tú que andas sobre la nieve ³¹.

En su poema «Escrito a cada instante» reconoce la imposibilidad de nombrar a Dios. Su nombre no tiene letras, es como un parpadeo; se escribe y se borra a cada instante, se asoma y se oculta. Sólo conocemos su eco, su espejo, su reflejo, su rastro no su rostro:

Y Su nombre sin letras,
 escrito a cada instante por la espuma,
 se borra a cada instante
 mecido por la música del agua;
 y un eco queda sólo en las orillas ³².

A veces la ocasión parece más propicia, pero no somos capaces:

... Cada latido,
 otra vez es más dulce, y otra y otra;
 otra vez ciegamente desde dentro
 va a pronunciar Su nombre.
 Y otra vez se ensombrece el pensamiento,
 y la voz no le encuentra ³³.

A pesar de esta incapacidad para nombrar a Dios, el poeta no desespera porque «dentro del pecho está» ³⁴. Y concluye, tras afanosa búsqueda, con este recurso filial que le conforma:

... Tus hijos somos,
 aunque jamás sepamos
 decirte la palabra exacta y Tuya,
 que repite en el alma el dulce y fijo
 girar de las estrellas ³⁵.

31 O. c. pp. 155-156.

32 O. c. pp. 143.

33 O. c. p. 143.

34 O. c. p. 143.

35 O. c. p. 143.

La innombrabilidad de Dios, su nombre oscuro, está ya en el Panero de *La estancia vacía*, al evocar los días colegiales de San Sebastián, con su hermano, y recordar la tierra familiar de Astorga:

Los encinares, las palabras buenas,
 las palabras más tristes y más hondas,
 las palabras lo mismo que fantasmas
 al hablar otra lengua, por la noche,
 para hacerlas decir Tu nombre oscuro,
 para exprimirlas cálidas... ³⁶.

La misma preocupación, si cabe más insistente, le sigue rondando en uno de sus últimos e inéditos poemas:

...El
 existe. Palpita, se le siente
 en presencia purísima. No
 hay duda.
 ¿Pero cómo se llama? ¿Cómo
 es su nombre interior? ¿Cómo se llama? ³⁷.

DIOS ES AMOR.

Ni que decir tiene que para Leopoldo Panero Dios no es una invocación difusa, ni un puro sentimiento, ni una disculpa poética. El Dios de Leopoldo no es objeto de disquisición teológica, ni cúpula de ninguna particular cosmogonía. Es el Dios cristiano y se ajusta, sin pretensiones de definición, al Dios bíblico, el Dios que se manifiesta y se encarna, el que se revela como amor y en el amor.

En el poema eucarístico «Cándida puerta» reconoce todo esto sin ambigüedad:

No puedo definirte sino amándote,
 ni conocerte sin hacerte mío ³⁸.

Incluso llega a decir «Amando es fácil ver» ³⁹, con el peligro de echar por tierra toda su simbología de la ceguera. O más radical aún:

36 O. c. p. 72.

37 "Tú eres Dios". *Inédito*.

38 O. c. p. 460.

39 O. c. p. 460.

Sé
que nada soy, que nada necesita
saberse para amarte ⁴⁰.

En *La estancia vacía* se apunta levemente esta cristiana manera de encontrar a Dios entre los hombres:

... Te amo
a través de otros seres que me hacen
ser yo mismo en su amor. Respiras, vives
derramado en el mundo...
Estás entre nosotros ⁴¹.

En *Escrito a cada instante* hay más síntomas declaradamente evangélicos, lo mismo que en los poemas «El jinete» y «Presencia del agua», dedicados a San Pablo y a San Juan Bautista, respectivamente. En el largo poema inédito *Visita a Santiago* el poeta dice aspirar a la salvación hermanándose en otros. Sabido es que Panero preparaba un libro de poemas sobre Cristo, ya bastante adelantado aunque pendiente de retoques que se iba a titular *La Verdad en Persona*. Existe incluso un breve poema que comienza con esas palabras. De entre todos esos poemas merece conocerse, en razón de su contenido, el que lleva por título «Tú eres Dios», donde Panero resume su propio itinerario hacia Dios. Está lleno de deducciones, sospechas, esperanzas y convencimientos. El recorrido conduce irremediabilmente al Dios que se encarna y asume nuestra propia limitación. He aquí algunos fragmentos de este poema inédito:

En comunicación con mi
infinita luz propia,
en íntimo contacto viviente
con la esperanza...
sé, por pura y repentina experiencia,
que en mí existe la vida ya eterna,
que en mí la eternidad está siendo,
que no puede acabarse o
interrumpirse mi destino,
que soy yo mismo el que hablo.
Primero es sólo la seguridad inmediata que salta
de dentro como un chorro, la certeza
que abarca la plenitud de lo creado. Y me digo
(contemplando la belleza del cielo, la hermosura del mar, la orilla de mi
ves cómo era verdad. El [alma]
existe.

40 "Señor, hemos venido. Era una tarde". *Inédito*.

41 O. c. pp. 74-75.

.....
 ... quiero adivinar tu
 figura,
 sorprender tu inmediata presencia,
 amarte directamente a ti,
 desvelar tu existencia más unida
 en próxima revelación, en humana contigüidad con tu aliento.
 Porque saber de tu vaga y certísima existencia
 en el anhelo de los bosques,
 en la diafanidad de las aguas,
 en el titilar de la primavera
 o de la noche,
 eso, Dios mío, carne mía,
 cualquiera lo aprende, cualquiera puede hacerlo y lo hace,
 cuando lame su alma
 en la montaña,
 cuando lava en la música, como en
 unido río,
 su interno ser y sin saberlo canta en sus ondas
 y se anilla con su silencio y sospecha
 que alguna mano pulsa el
 instrumento
 y la majestad de las cuerdas hace vibrar. Lo sabe
 a través de su sospecha, Dios mío,
 y tiembla suavemente por dentro
 con sosegada felicidad
 como el que escribe un poema por la noche.
 Pero yo quiero más: quiero
 tu encarnación profunda, y
 por decirlo así, tu límite.
 Y me digo que para hablar conmigo como hablas
 que (para) estar en mí, tú Señor mío,
 igual que yo has de ser en cierto modo;
 esto es, que has de ser hombre.
 Hombre, Señor, igual que yo ⁴².

El poema funciona como punto final de todo un camino, de un atento rastreo. Se refiere lógicamente a Cristo, que aparece como un Dios asequible.

En otros varios lugares de la obra paneriana se cita e invoca a Cristo en obvia sustitución de «Dios» y «Señor», se le atribuye la tarea de velar, como concreción tierna y amorosa de la «mirada de Dios» y se le evoca sacramentado:

42 "Tú eres Dios". *Inédito*.

¡Oh pan acompañado de racimos!
 ¡Oh plenitud de la misericordia!
 ¡Oh mi Señor y Dios y mesa crédula! ⁴³.

Es también Cristo la Verdad en persona, Dios y hombre:

Tú eres la verdad en persona,
 en unidad de ser y de ternura,
 en simple confianza de aire niño ⁴⁴.

Puede por esta razón, sin dimitir de su esencia, inhabitar en el hombre:

Te escucho que respiras en mi pecho,
 en mi palpitación: te escucho
 como el vuelo de un ave que se eleva
 y se pierde de vista ⁴⁵.

Esa «verdad en persona», ese «Dios todo, creador de lo extenso», sustentador de nuestra vida («riegas de vida mis huesos») ⁴⁶, sopesador de nuestros actos:

Mañana quedaré tendido en Tu memoria,
 y escarbarás en mil maldades, y tomarás a peso mi alma ⁴⁷,
 es misericordioso («Oh plenitud de la misericordia» ⁴⁸, garante de nuestra
 resurrección:

... los muertos esperan
 tornar de nuevo a la infancia ⁴⁹.

La infancia, la recuperación de la infancia, significa en Panero todo aquello que nos aproxima a Dios, una experiencia de felicidad y de limpieza, un tiempo habitado por la claridad. De ahí que ser niño se convierta en actitud espiritual para disfrutar de Dios:

Y soy un niño,
 soy un niño en Tu lluvia más delgada,
 en Tu refr que cae, que nos tropieza
 el corazón, que se nos da a los labios,
 a la frente, a los ojos ⁵⁰.

43 O. c. p. 460.

44 "Tú eres la verdad en persona". *Inédito*.

45 *Ibid*.

46 "Con la ventana abierta". *Inédito*.

47 O. c. p. 170.

48 O. c. p. 460.

49 "Escrito en viernes santo". *Inédito*.

50 O. c. p. 65.

Déjame recordar que Te he querido
igual que un niño siempre ⁵¹.

Tiene además la esperanza de que alguna vez podamos ver a Dios, escuchar su silencio o descifrar su palabra insondable y comprender sus razones. Así lo da a entender en el soneto «A mis hermanas» con la imagen del juego a la gallina ciega, en el que —como apunta Luis Rosales— se nos traduce la convicción religiosa de que «los muertos no se acaban» ⁵² y de que al fin se nos caerá la venda de los ojos:

¡Estamos siempre solos, siempre en vela,
esperando, Señor, a que nos abras
los ojos, para ver, mientras jugamos! ⁵³.

Con frecuencia, en la poesía de Panero, el amor refleja a Dios o inaugura un frutivo estado de gracia. En su hermosísimo «Cántico» de gracias por esa vivencia:

¡Gracias os doy, Dios mío, por el amor que llena
mi soledad de pájaros como una selva mía!
Gracias porque mi vida se siente como ajena
porque es una promesa continua mi alegría,

para acabar refiriéndose a su esposa:

La presencia de Dios eres tú. Mi agonía
empieza poco a poco como la sed. ¡Tú eres
la palabra que el ángel declaraba a María,
anunciando a la muerte la unidad de los seres! ⁵⁴.

En esta alusión a la anunciación está formulada la fraternidad por obra y gracia de la encarnación de Dios. Mas para que el amor no se desvirtúe el poeta piensa que ha de ser avivado por Dios:

Porque el amor del hombre de mano en mano rueda
hasta que Dios de nuevo lo refresque en su mano
y otra vez la inocencia virginal le conceda,
y eternamente cure lo que tuvo de humano ⁵⁵.

Dios en suma está entre nosotros, se siente convocado cuando vivimos en fraternidad, se hace presente en el amor:

⁵¹ O. c. p. 72.

⁵² Luis Rosales, 'Leopoldo Panero hacia un nuevo humanismo', en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 187-188 (Madrid, julio-agosto 1965) p. 76.

⁵³ O. c. p. 180.

⁵⁴ O. c. pp. 158-160.

⁵⁵ O. c. p. 142.

¿Quién habitar podría un corazón común
 en la tierra
 sino él,
 que sólo cuando estamos juntos florece,
 que sólo entonces nace,
 se aproxima,
 nos toca?
 ¿Quién ha puesto en el alma esa tibia locura
 de la alegría
 sino él? ⁵⁶.

DIOS COMO RECURRENCIA POÉTICA.

No tendría demasiado sentido encerrar a Panero entre las coordenadas de un tratado. Si ha escrito «no puedo definirte sino amándote», basta con esta afirmación y sobra para no indagar mucho más. No se busque en su obra otra concepción de Dios que la cristiana ni otras referencias que las bíblicas. Se podría aventurar, lo ha hecho Juan Sardo ⁵⁷, una sistematización del Dios de Panero, mas no parece adecuado medir al poeta con otros parámetros que los de su trajín humano, de sus intuiciones poéticas. Lo importante es que adivina a Dios, lo vislumbra, lo siente, se acerca a él como un ciego, habla con él, sabe que le escucha, le confía sus problemas existenciales y quiere saber su nombre.

No estaríamos en un buen camino interpretativo si dijéramos que en la obra de Panero hay como un progresivo descubrimiento de Dios. Lo que hay es una recurrencia permanente a él, sin voluntad de vertebración, donde se alternan o confluyen silencios o presencias, búsquedas o encuentros, titubeos y entregas.

Si en sus primeros poemas sueltos publicados en revistas no se descubre ese Tú escuchador, es porque le condiciona inconscientemente el laicismo de la poesía del 27. Sin embargo Panero confesó en una ocasión que mientras publicaba aquella primera poesía pura, ya guardaba, sin atreverse a darlos a la luz, algunos poemas de *Versos al Guadarrama*, en los que ya se advierte la preocupación por lo humano, «el regreso a los temas líricos tradicionales y eternos»⁵⁸, coetáneos de *Abril* de Luis Rosales y de *El rayo que no cesa* de Miguel Hernández.

56 "Presencia de niño". *Inédito*.

57 Juan Sardo, *El Dios de Leopoldo Panero* (Institución "Fray Bernardino de Sahagún", León 1978) p. 112.

58 Leopoldo Panero, 'Unas palabras sobre mi poesía' (conferencia pronunciada en los Cursos Universitarios de Verano, en León), en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 187-188 (Madrid 1965) p. 6.

No sé si la guerra, la muerte de su hermano Juan, la evidencia de que «el viejo tronco se desgaja» le hace vivir una crisis espiritual, a la que se ha referido alguna vez su amigo Luis Alonso Luengo. Es bien cierto que cuando publica el poema «A mis hermanas» y, sobre todo, el largo fragmento de *La estancia vacía*, Leopoldo ya conversa poéticamente con Dios. El mismo lo explicó: «Me propuse de manera esencial la biografía de mi alma». Dios aparece a lo largo del poema, «llamado por el alma, y como purísima y entrañable exigencia de nuestra condición. Esta presencia y necesidad de lo divino completa, a mi juicio, el proceso espiritual de mi poesía, cargada de afectividad, y sin más salida hacia la esperanza que la sobrenatural y transhumana»⁵⁹.

Posteriormente *Escrito a cada instante* recoge diez años de creación enraizados en lo religioso. Son lo que podríamos llamar poemas humanos y divinos y, por supuesto, también poemas cristianos. Dedicó un soneto a Cristo «Desprendido en la cruz», otro a la ascensión del hombre por la divinidad «Casi roto de Ti», frecuenta el tema de la esperanza y la vida eterna y escribe un hermoso poema, «En las manos de Dios», en memoria de una pobre castañera astorgana. Abundan en este libro las confesiones de fe, el tiempo de la infancia y el transcurrir del tiempo.

En *Canto personal* la referencia religiosa, que existe y muy marcada, resulta más sociológica y moralizante que expresión interior. El resto de su obra poética, publicada o inédita, se iba a agrupar o bien antológicamente en un libro titulado *Del lado celestial* o bien en *La Verdad en Persona*, de contenido netamente religioso, en el que estaba trabajando cuando la muerte le sorprendió. Dejó escrito otro libro, pendiente de una última mano correctora y al que probablemente había renunciado. Se iba a llamar *Visita a Santiago* y contiene bastantes silvas de tema religioso.

En resumen, la poesía religiosa de Leopoldo Panero no obedece a ningún plan sistemático sino a una sed que le brota de su experiencia de temporalidad.

LA POESÍA COMO REZO.

Luis Felipe Vivanco escribió un lúcido comentario sobre *La estancia vacía* con el título de «Leopoldo Panero en su rezo personal cotidiano». Este hondo poema, en el que Panero se baña en los manantiales de Machado y de Unamuno, es de cabo a rabo un rezo cotidiano y personal. Su casa, su familia su tierra natal, su infancia y juventud son evocados ante Dios, mas no

⁵⁹ Ibid., p. 13. Acerca de la supuesta crisis espiritual de L. P. ha escrito Luis Alonso Luengo, «Tres momentos estelares de Leopoldo Panero», en *Panero nuestro*, número extraordinario de la revista *Apostolados* (Astorga 26-11-1963).

como simple confidencia. Dios escucha pero también es interpelado por el acontecer de la vida del poeta. El poema está empapado de vocativos, de pronombres y adjetivos que Leopoldo escribe con mayúscula para que no haya dudas acerca de su interlocutor. El rezo se explicita en la insistencia invocativa, en la persistencia cíclica de expresiones como «Estoy solo, Señor» o «No estoy yo solo», en reduplicaciones y en acumulación de interrogantes:

¿Por qué tras las columnas de la noche
el hombre tiene miedo y Te pregunta
si es verdad lo que ve, verdad la sombra?
¿Por qué, Señor? ¿Por qué? ⁶⁰.

Se advierte aquí ya como componente habitual, exhaustivamente estudiado por el profesor Renders en *Canto personal* ⁶¹, el uso de la anáfora como estilística vertebral del poema o como núcleo aislado. Así por ejemplo:

... Recuerda, un día.
Recuerda nuestro nombre, nuestro sitio.
Recuerda nuestro Amor en Tu mirada ⁶².

No sólo por el tono sino también por la fisonomía exterior se trata de una oración poemática que, cuando abandona el verso blanco y adopta formas estróficas rimadas, consigue una fuerte intensidad. Como en este soneto que corona el poema:

Señor, el viejo tronco se desgaja,
el recio amor nacido poco a poco
se rompe. El corazón, el pobre loco,
está llorando a solas en voz baja,
del viejo tronco haciendo pobre caja
mortal. Señor, la encina en huesos toco
deshecha entre mis manos, y Te invoco
en la santa vejez que resquebraja
su noble fuerza. Cada rama, en nudo,
era hermandad de savia y todas juntas
daban sombra feliz, orillas buenas.
Señor, el hacha llama al tronco mudo,
golpe a golpe, y se llena de preguntas
el corazón del hombre donde sueñas ⁶³.

60 O. c. p. 81.

61 Paul Renders, *Un problema de retórica: procedimientos reiterativos (ensayo de precisión de la teoría de Heinrich Lausberg, con ejemplos del "Canto personal" de Leopoldo Panero)* (Katholieke Universiteit te Leuven, 1975) p. 166.

62 O. c. p. 81.

63 O. c. p. 94.

Estos recursos de insistencia son indudablemente un factor de estilo no únicamente en *La estancia vacía*. También en buen número de poemas de *Escrito a cada instante*, en otras breves entregas y en algunos poemas inéditos, especialmente en *La Verdad en Persona*. Aun cuando sea este un procedimiento habitual paneriano, arrecia más en sus versos más hondamente religiosos, en los que es frecuente la pregunta, la búsqueda. Hasta sería posible y no disparatado entender la invocación a Dios y al Señor, al Tú, como una recurrencia estilística para hilvanar toda su obra poética como un rezo:

Pido limosna a mis palabras,
frecuento lo árido de mi corazón,
hago solitarios con mis imágenes más íntimas,
releo mis cuadernos, los tacho,
los tiro,
los estrujo furiosamente
y olvidando mis tiradas palabras,
simplemente,
te rezo ⁶⁴.

Las fórmulas anafóricas o paralelísticas, tan salmódicas, las utiliza para buscar a Dios, para preguntarle quién es, para confesar sus fidelidades e infidelidades:

Por el dolor creyente que brota del pecado.
Por haberte querido de todo corazón.
Por haberte, Dios mío, tantas veces negado;
tantas veces pedido, de rodillas, perdón.
Por haberte perdido; por haberte encontrado.
Porque es como un desierto nevado mi oración.
¡Porque es como la hiedra sobre el árbol cortado
el recuerdo que brota cargado de ilusión! ⁶⁵.

También para sensibilizar de modo entrecortado la brevedad e inseguridad de la vida y el acecho de la muerte, en el estremecedor «Quizá mañana»:

y quizá mañana no volveré a mi casa por la noche,
y todo quizá mañana será diferente.

.....

Sí, quizá mañana,
quizá mañana mismo me tenderé hacia Tus manos, Padre mío ⁶⁶.

En «Cándida puerta» se vale de este procedimiento para pedir al Señor que le abra. Refleja el temblor, la insistencia, el progresivo desvelamiento de su presencia:

64 O. c. p. 542.

65 O. c. p. 166.

66 O. c. p. 169.

Tocar tu puerta, respirando el ciego,
el manso olor de dentro, el pan desnudo,
tocar tu puerta que se mueve un poco,

.....
Tocar tu puerta con el pensamiento...
Tocar tu puerta de perdón oscuro...
Tocar tu mansedumbre de persona ⁶⁷.

Otras veces la anáfora reproduce una suerte de fruición jadeante, como producida por el gozo del encuentro de Dios. Así en este fragmento del poema inédito «En tu apretada fuente, Dios mío»:

¡Qué delgado está el mundo!
¡Qué delgado es entrar en tus ojos!
¡Qué fácil cae la nieve!
¡Qué fácil, qué delgado es quererte!,
quererte mucho sin decirlo,
quererte,
llenarte de palabras sencillas,
nombrarte, rodearte los pies
de espuma, para pedirles más blancura ⁶⁸.

El mismo recurso, y con idéntica finalidad, se encuentra en estos versos de indudable contexto místico:

Sé que he estado contigo,
sé que mi corazón aún palpita,
sé que aún moja mi piel otra inocencia,
que el hueco de mis oídos está tibio como si hubiera volado una paloma,
que aún tu visión me llena de estupor silencioso,
y que mi lengua es ignorancia ⁶⁹.

En otro poema, también inédito, Panero elige la fórmula de la letanía para invocar a Cristo, Señor de los misericordiosos, los pacificadores, los bondadosos, los que aman, los desheredados, los ingenuos, los limpios. Dicen así:

Señor de los que vendan con espuma a los cojos,
Señor de los que tienen por espada el rocío,
Señor de los que lamen su memoria en un beso,
Señor de los que huelen a naranja cortada.

.....
Señor de los que viven como musgo apartado,
Señor de los que sanan con su sola presencia,
Señor de los que juntan un montón de viñetas.

67 O. c. p. 458.

68 «En tu apretada fuente, Dios mío». *Inédito*.

69 O. c. p.539.

Señor de los que aprenden las sílabas del pájaro.
 Señor de los que creen con loca mansedumbre.
 Señor de los que tocan la luz directamente.
 Señor de los que saben que están llenos de alas ⁷⁰.

Esta persistencia de la expresión repetitiva de tono oracional abona la idea de la poesía de Panero como un rezo. Es una pena que no nos hayan quedado más que fragmentos y proyectos, tal vez destinados a prolongar *La estancia vacía*, de poemas con títulos como «Padre nuestro», «Avemaría». Uno de ellos, «El credo», comienza de esta manera:

¡Cuánto se necesita haber rezado
 para saber el credo de memoria
 en todos sus repliegues y presencias!
 Sólo al llegar a viejos comprendemos
 el sentido de todo lo aprendido
 por la región de la garganta al beso ⁷¹.

Para enseguida continuar en esta confesión de fe:

Creo en Ti porque pones en mi lengua
 besos que no se encuentran en la carne ⁷².

Con todo, su rezo personal, es en cierto modo un rezo universal, en que las cosas son «sustancia, claridad, penumbra, pensamiento de Dios» ⁷³. Su rezo personal espeja con tanto calado y universalidad las vicisitudes del hombre y la confianza de éste con Dios, que no por azar muchos de sus poemas figuran anónimamente como himnos en la Liturgia de las Horas ⁷⁴. Ciertamente en sus versos está Dios escrito a cada instante, se asoma la Verdad en persona. «Hablar de Dios, hoy» es el tema de estas Jornadas, la poesía de Leopoldo Panero parece más bien escrita para hablar con Dios hoy.

70 "Señor de los que vendan con espuma a los cojos". *Inédito*.

71 "El Credo". *Inédito*.

72 *Ibid.*

73 "Tienes el corazón a oscuras". *Inédito*.

74 Bernardo Velado, 'Los himnos castellanos del nuevo Oficio Divino', en *Pastoral Litúrgica*, nn. 118-120 (Madrid 1981) pp. 34-36.